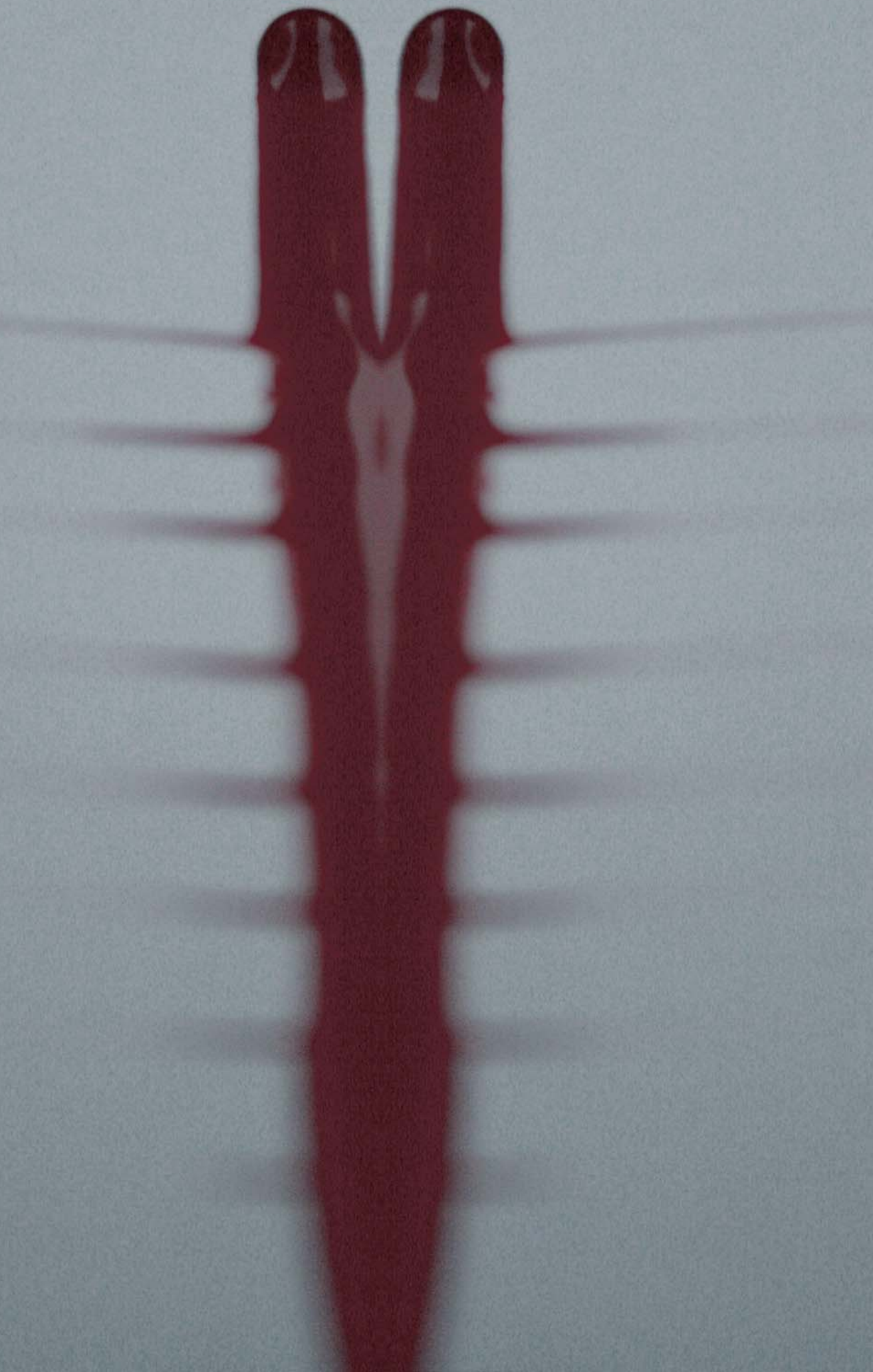


alex_lootz¹⁰



índice

editorial10		03
		[ensayo]
conversando con jaime gil de biedma	harold alvarado tenorio	04
		[poesía]
klandestinitatean, eskua luzatu zenidan	hasier larretxea	08
non me pariches sen terra	francisco brives	09
dolor	ñaki echarte vidarte	10
		[narrativa]
las termópilas	javier esteban gayo	11
seis palabras	javier esteban gayo	12
		[áfrica]
áfrica(09)	paloma benavente	13
		[reseñas]
despentes y el punkfeminismo [<i>teoría king-kong</i> de virginie despentes]		19
la fragancia de alvarado tenorio [<i>ultrajes (1956-2005)</i> de harold alvarado tenorio]		20
eráse una vez el tiempo [<i>tic-tac. cuentos y poemas contra el tiempo</i> de vvaa]		21
del ser y la memoria [<i>de profundis</i> de josé cardoso pires]		22
medrano, a veces cuerdo, a veces loco [<i>a veces cuerdo</i> de diego medrano]		23
un instante de temblor [<i>pudor y dignidad</i> de dog soltad]		24
residuos [<i>residuos</i> de tom mccarthy]		25
		[y siempre alex]

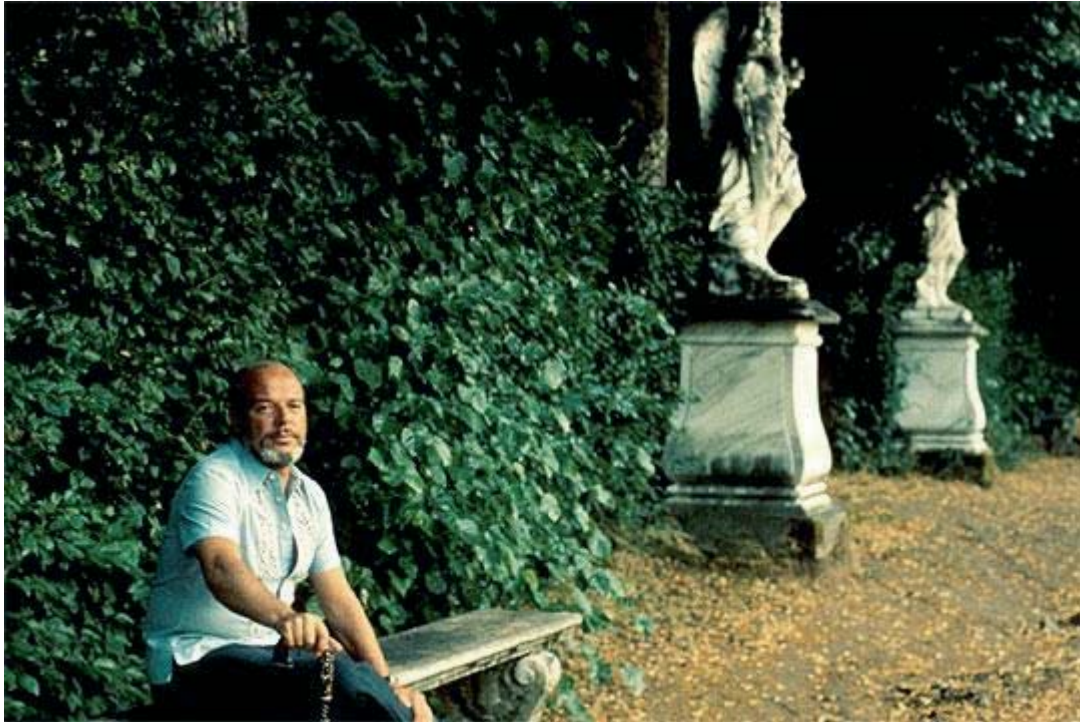
Parece mentira, pero ya hemos llegado al número 10. Quizás deberíamos hacer una fiesta. Pero no vamos a hacerlo. Nos basta con haber conseguido publicar, por primera vez en España, la entrevista (conversación la llama él) que el colombiano **Harold Alvarado Tenorio** realizó en 1984 a uno de los grandes poetas españoles del siglo XX: **Jaime Gil de Biedma**

Por si esto fuera poco, acogemos la presentación de *Huérfanos de Cernuda*, un grupo poético que dará que hablar en este 2008 que empieza, formado por los poetas **Hasier Larretxea, Francisco Brives e Iñaki Echarte Vidarte**. Podemos descubrir en este número ejemplos de las obras de estos autores, dotando al *proyecto alex_lootz* conexiones temporales y espaciales realmente mágicas.

Además **Javier Esteban Gayo** nos sorprende con dos microrrelatos: *Las termópilas* y *Seis palabras*.

Sin olvidar, por supuesto, la sección de reseñas y el habitual capítulo de la novela *África* de **Paloma Benavente**.

conversando con jaime gil de biedma harold alvarado tenorio



Debí conocer a Jaime Gil de Biedma en los años posteriores a la publicación de *Las personas del verbo* y de la muerte de Franco, en alguno de esos lugares que frecuentaba al venir a Madrid y donde yo iba en compañía de Ángel González, quizás Pinic o Jimmy, que estaban en Ballesta, cerca del edificio de los teléfonos, y sin duda en Oliver, un lugar que aún existe. Recuerdo vivamente al poeta en plan de niño terrible, haciéndose notar siempre, borracho de Jack Daniels a más no poder, entonando canciones latinoamericanas y en una permanente e interrumpida conversación literaria sobre actualidades y odios con el poeta de Oviedo. Yo había tenido noticias de su existencia como poeta, pues sus libros no se conseguían en esa España de los primeros setentas, merced a una conversación de domingo con un agitador que visitaba un mercadillo público que los vecinos instalaban en la Plaza de los Mostenses, cerca del cine Azul, donde el joven andaluz apodado Isidoro, un mediodía del verano de 1971, luego de preguntarme qué hacía yo en Madrid y como le dijese que era poeta, me preguntó si conocía un poema que decía: *Uno vive entre gentes pomposas. Hay quien habla/ del arquitrabe y sus problemas/ lo mismo que si fuera primo suyo/ -muy cercano, además.// Pues bien, parece ser que el arquitrabe/ está en peligro grave. Nadie sabe/ muy bien por qué es así, pero lo dicen. / Hay quien viene diciéndolo desde hace veinte años...* Y como no le conocía me escribió el nombre del poeta.

Desde entonces tuve deseos de conocer al autor no de ese poema sino de los otros que ya para entonces le iban creando, entre gentes de mi edad, peninsulares o no, un enorme prestigio, pues sentíamos que con su voz y su manera de ver el mundo, la vida cotidiana y los actos morales, nuestra poesía, la escrita en español, había alcanzado un nuevo predicamento.

Fue Manuel Ríos Ruiz, el secretario de redacción de *La Estafeta Literaria* quien me puso en contacto con Ángel González, con Caballero Bonald y Umbral, a quienes entrevisté en esos años, en compañía de un poeta chileno, Galvarino Plaza. Pero fue en los años ochentas cuando pude entablar una cierta relación de amistad con Gil de Biedma, a quien vi un par de ocasiones, durante algunos de sus viajes a New York.

Esta entrevista, quizás una de la más divertidas y sinceras que concediera Gil de Biedma, fue grabada en Marymount Manhattan College y publicada en un diario de Barranquilla, *La Libertad*, que hoy no existe y cuya circulación entonces era mínima, por no decir, inexistente. Nunca ha sido recogida en libro y es la primera vez que se publica en una revista.

-Usted desciende de notables familias catalanas y castellanas...

-Bueno, me parece un poco aburrido hablar de eso. Pero si a los colombianos interesara, diré que si, que desciendo de una familia de esas llamadas de toda la vida, gente decente, donde vivir y hablar era parte de una trama para hacer de ambas una expresión de la cultura. Yo tengo un bisabuelo, que como muchos de sus paisanos franceses que iban a otras partes y no sabían hacer nada, hacía trenes; tengo un bisabuelo andaluz, pero nací en Barcelona. Lo cierto es que más que a mis padres, los recuerdos de mi niñez se remontan a mi nana, que se llamaba Modesta Madridano. A nosotros nos criaron las domésticas, que llaman ustedes en América. Mi padre Luís Gil de Biedma y Becerril era un empresario que trabajaba con grandes consorcios de la época. Le gustaba la equitación, la velocidad, tenía motos y fabulosos automóviles de moda. Se había recibido de abogado en Madrid, tocaba al piano y cantaba piezas de jazz. Estuvo un tiempo durante la guerra colonial en Marruecos pero luego regresó a Madrid y abrió una casa en Segovia, en La Nava de la Asunción, donde yo pasé unos años durante la guerra civil...

-Y su madre...

-Mi madre era de Valladolid, y estudió en Inglaterra. María Luisa Alba volvió a España tras el fin de la guerra del catorce, era una mujer progresista, y mas que española era inglesa. No creo que eso tenga mucho interés a la hora de hablar de literatura... Pero quizás le guste enterarse que mi abuelo Santiago Alba y Bonifaz fue periodista, diputado en Cortes y gobernador de Madrid, además de ministro de Marina, de Hacienda, Gobernación, etc. Primo de Rivera lo obligó al exilio, luego regresó cuando la república y Niceto Alcalá Zamora le confió la formación de un nuevo gobierno, con el asesinato de Calvo Sotelo abandonó otra vez el país...

-Me dice que la guerra civil la pasó en un pueblo cerca de Segovia...

-Si, La Nava de la Asunción, un pueblo que remonta su historia al segundo milenio antes de Cristo, un pueblo de castellanos, creado por Carlos III en honor de la virgen, donde todavía hay una línea de ferrocarril que regalaron prácticamente los vecinos, tanto el terreno, como las traviesas para los puentes, los postes del telégrafo, los pasos a nivel... Allí supimos del inicio de la guerra, en Alto de los Leones, donde se dieron las primeras batallas del centro de España. Durante días la gente mayor escuchaba la radio, esperando las peores noticias, o quizás las mejores, y a los chicos nos hacían ir a otros lugares, como los parques o las plazas. Fue una época relativamente feliz, a los niños no parece importarles las guerras, o hacen de la guerra un divertimento, un juego que los mayores no entienden en medio del terror de la vida diaria. Mi hermana, por ejemplo, jugaba al hospital de los heridos con nuestra prima y mi hermano Luís. En cambio nuestros padres y parientes, éramos siete los hijos, cinco los primos, las institutrices, tía Isabel y las criadas, oraban el rosario o entonaban una salmodia de ruegos al Sagrado Corazón o a la Virgen María para salvar a España.

Durante la guerra no hice otra cosa que leer y disfrutar de los paisajes. La guerra me permitió aprender a leer, aprender a releer, a pensar sobre lo leído y a recitar de memoria largos poemas, como ya casi no hacían muchos de los intelectuales de ese tiempo. Las misses que nos educaban nos llevaban de continuos paseos, así aprendí a amar la naturaleza, a saber de la belleza de los árboles y las aves. Pero también recuerdo los cientos de balas que recogíamos en los caminos o los cadáveres de los muertos en los combates o en los cementerios.

-Sin embargo, a la hora de estudiar, hizo derecho...

-Si, los hijos de la clase vencedora hacían derecho; filología y filosofía eran asunto de señoras o de monjas, derecho permitía saber de unas cosas como de otras, o ir de unas a otras de manera cómoda. Además las gentes de mi clase estudiaban derecho, en mi familia hubo siempre una tradición de abogados, de políticos, de empresarios. No creo que mi padre hubiese visto con buenos ojos el que yo estudiase Filosofía y Letras, pero aquello también fue un fracaso. Yo venía de un colegio afrancesado, libertario por decir lo menos, y me encontré con una universidad confesional, de meros trámites para titulares, controlada por fascistas. De no haber hecho amistad con Alberto Oliart o Carlos Barral o José Agustín Goytisolo quizás otra habría sido mi historia en esa universidad...

-Fue entonces, en esos años, cuando se hizo poeta...

-Yo decidí hacerme poeta desde muy joven, cuando tenía diecinueve años, pero mis poemas se publicaron diez años después; no se por qué, pero esa fue mi decisión y un día de esos, luego de haber leído y bebido toda la poesía del mundo, escribí mi primer poema. Primero me eduqué en la poesía del Siglo de Oro, en el simbolismo francés, me leí todo Baudelaire y toda la poesía española del 27. Hacer poesía fue para mí una manera de construirme un muro contra el mundo exterior, una suerte de andamio contra mis propias debilidades interiores. Luego, cuando a partir de los años cincuenta me interesé por la poesía social, fundé mi propia voz, una voz que luego no he querido dilapidar, repitiéndome. Usted sabe que yo he escrito poco, pero lo cierto es que en algún momento, tras prolongadas imitaciones de voces y formas, alcancé no el poema sino la poesía, una voz, un tono que me hacía idéntico a la imagen que había querido crear de mí ante los otros. Pude saber cuáles eran mis sentimientos, y que deseaba hacer en mi vida. Eso sucedió cuando viví mis primeros treinta años, cuando escribí *Moralidades*. En esos años yo guardaba como un secreto, en mi cuerpo, esos poemas, y me negaba a ponerlos por escrito, iba con ellos como un tesoro oculto de un pirata, como unas joyas que nunca iría a mostrar a otros, como aquel vendedor de orfebrerías que hay en un poema de Kavafis, que mira cada tarde antes de cerrar la tienda y no muestra a sus clientes, algo así como cuando se hace el amor y se retarda el orgasmo...

-¿Por qué esos poemas llevan ese título de *Moralidades*, no es una contradicción con su tiempo y su manera de ser y pensar?

-Las moralidades, que gozaron de gran popularidad en la edad media, son dramas que se representaban en los atrios de las iglesias y catedrales y respondían al propósito de la Iglesia de ilustrar la actitud cristiana ante la muerte. El motivo central era la confrontación entre el Bien y el Mal en el alma de los hombres, aunque la obra siempre concluye con la redención de sus protagonistas. Los personajes de las moralidades no son santos o personajes bíblicos, sino alegorías. Mis poemas de ese libro continúan en la tónica de *Compañeros de viaje*, son moralejas sobre la hipocresía y la opresión, la amistad y las conversaciones de esos años de torvo franquismo...

-Hay quienes dicen que siendo usted catalán su patria es el español y su alma es inglesa, aparte de tenerlo como un aristócrata de izquierdas...

-Esas deben ser deducciones tuyas propias Alvarado. No he oído que nadie en España diga algo así.

Para fomentar sus impertinencias voy a decirle que los Gil descenden de Alonso Gil, un caballero del rey Ramiro del reino de León. Gil quiere decir El Elegido o El Defendido, pero también hubo Gil en los reinos de Valencia, o en Andalucía. Mi abuelo Gil y Becerril casó con una Biedma y Oñate y a él se le ocurrió solicitar licencia para que sus vástagos usaran los dos apellidos fungidos en uno y desde entonces nos llamamos Gil de Biedma.

Mi lengua materna es el castellano, y en él he escrito todo. Pero mis apellidos tampoco son catalanes, en mi familia no se hablaba catalán y como le he dicho la guerra la pasé en Castilla y luego de la guerra, al volver a Cataluña, el catalán estuvo prohibido por años. Cuando hablo el poco catalán que conozco me avergüenzo de mi acento. Además yo aprendí inglés y francés antes de hablar catalán. En Inglaterra viví algunos meses durante los primeros años cincuentas, en una vieja casona de Eaton Place y como bien puede darse cuenta en su ignorancia yo visto y bebo como un inglés. Estuve en Oxford haciendo unos cursos de económicas, pero en verdad lo que descubrí en Inglaterra fue a Auden primero y luego a Eliot y a William Epton y Mathiew Arnold. Cuando fui a Inglaterra yo estaba intoxicado por la poesía de Aleixandre y la de Guillén. En inglés leí entonces a Spender y aun cuando había leído ya a Eliot en las versiones de Gaos, fue en Londres cuando pude darme cuenta de la magnitud de su obra, de la grandeza de su musicalidad, de su prosodia.

-Ángel González me dijo que usted era de izquierdas pero ya no ejercía...

-¿Cómo? Usted cree que con esta cabeza de romano, calvo, y con estos ojos azules, soy una suerte de terrorista oculto, o ¿qué? Pero si habré sido, digamos, marxista. De militancia nada, nunca he militado con nada ni con nadie. Yo no creo en esa tesis de que los intelectuales deben meterse a políticos, una cosa son los políticos y otra los intelectuales. Por eso un intelectual trajeado de político es un elemento peligroso, casi siempre terminan siendo tiránicos, sectarios, fanáticos del centralismo democrático y la tesis del partido único. Yo habré sido en cierto momento marxista, me atraía mucho el análisis marxista de la historia, ese arte de anunciar el pasado que decía Valera a partir de la consideración de Marx sobre aquello de que

la anatomía del mono solo era comprensible a través de la anatomía del hombre. Pero el marxismo es una doctrina difunta, como la novela, un asunto del ayer, de nuestro ayer. Queda sin embargo la ideología, las ideas que gestó, esa manera de sustentar la rebeldía del hombre contra los opresores, eso que uno entiende bien en países como el suyo, del Tercer Mundo, como Filipinas o Cuba. Incluso creo que mis lecturas y aficiones marxistas han quedado en algunos de mis poemas de esos años, pero si, creo que sigo siendo de izquierdas, y a veces, incluso en las noches, ejerzo, ejerzo...

-Ese poema El arquitrabe....

-Ese poema lo hice para divertirme, para burlarme digamos de Franco, nada mas hay allí, y lo entendieron muy pocos, o nadie...Además el paso del tiempo lo ha ido desdibujando, ahora no debe entenderlo nadie, en aquellos años, era divertido recordarle...

-Pasemos entonces a un tema que le seduce: la poesía...

-No creo que podamos definir la poesía, diría mejor que poesía es esa sensación de bienestar, de placer, de gozo que siente alguien cuando se lee, en voz alta, un poema. La poesía no es precisamente lo que sucede cuando se escribe el poema, poesía es el acto de ejecutar el poema. Un poema se hace para ser leído. El poema es poema mientras se lee porque es tiempo y tempo...

-Y ese hecho indefinible, ¿qué produce en el ejecutante y en el oyente, acaso el mismo efecto de la música, de la melodía?

-Pareciera que a partir del siglo XVII, la rotura de lo meramente narrativo que imperaba en el poema épico o el teatral, hubiese creado una separación entre el signo y sus valores, afectando nuestras sensibilidades de manera tal que ahora el poema nos conduce a una certeza de la fragilidad existente en la propuesta de realidad que hace el comercio y las ideologías. La poesía, el acto de ejecutar el poema, quiebra la verdad de las asociaciones que nos vende el mundo contemporáneo. La poesía ofrece imágenes del mundo, ni contradictorias ni univocas, que son la otra realidad, ni verdadera ni falsa, pero otras realidades. Unos saberes y conciencias de que la llamada realidad es apenas una creación del sujeto, de nosotros que deseamos el mundo...La poesía entonces es uno de los instrumentos mas eficientes para abolir aduanas, para derruir lugares de observación y vigilancia, para derribar las costumbres y las modas y nos hace entrar en una verdadera comunión entre las palabras y los hechos, las palabras y lo que ellas nombran...

-Pero si la realidad es una falacia cómo es que usted es un poeta de la experiencia, de la memoria de una realidad no conocida, ficticia...

-Tampoco debe olvidar que nada hay más artificial que la escritura. Escribimos porque somos entrenados en ese artilugio que pretende asir la realidad, como recuerdos o como actos del presente. Pero para poder transmitirlos y hacerlos poesía hay que crearlos, extraerlos de la manga del mago, del demiurgo, del poeta. Cuando hablamos de poesía de la experiencia no hablamos de contar lo que le ha pasado a uno, de una suerte de cotilleo de la vida nocturna de ayer, de las posturas amorosas del año pasado, poesía de la experiencia es escribir un poema donde la voz que se escucha cuando se ejecuta el poema sufre la vida, padece la existencia, hace sentir el recuerdo del placer o el dolor de las separaciones... Algo así como decía ese poeta inferior llamado Auden, la poesía de la experiencia es un anteproyecto verbal de la vida pasada o por vivir...

-Ahora hay en España muchos jóvenes poetas que le admiran, pero hay muchos más que le imitan...

-Es lamentable, eso no existía en mi juventud. Nosotros no aspirábamos al éxito social con la poesía, era otra cosa. El mundo editorial ha cambiado la condición de los poetas, hoy es posible ganar fama y fortuna y seguir siendo muy mal poeta, hay cientos de premios, de concursos, de verdaderas canonicas, que terminan por fomentar gildas poéticas, camarillas mafiosas...Y ciertamente es una vergüenza que haya tanto admirador suelto por allí. Al principio me halagaba oír que me citaban por la radio o alguien se acordaba de un poema o una línea mía, pero una cosa es la gente o el lector común y otra el gremio de los poetas y los escritores profesionales, aduladores de oficio...

-Mil gracias, querido y admirado poeta...

-De nada don Haroldo, de nada...

Publicado en La Libertad, Barranquilla, 22 de Mayo de 1984.

klandestinitatean, eskua luzatu zenidan hasier larretxea



Yoyesi eskainia

Klandestinitatean, eskua luzatu zenidan.
Deportazioetan, egia.
Ihesi gindoazen horietan, begirada.
Atxiloketetan, abotsa.

Ez nuen nehoiz ere pentsatuko
bizitza normalizatura itzultzeko ahaleginean,
hilko nindukezula.

Primer premio del Certamen de Poesía de la Ciudad de Pamplona con el poemario "Eguraldi Lainotsua" el año 2001. Pamiela. Primer premio de poesía de la Universidad Pública de Navarra con el poema "Azkenaldian" en el año 2002 y "Gaur ere" en el año 2003. Publica el poemario "Bazaudete" el año 2004. Realiza performances en Pamplona, Elizondo, Baiona (País Vasco Francés) Andoain (Guizpuzcoa) o Vitoria junto a Juan Angel Perotxena, con reseñas en los periódicos "Diario de Noticias", "Berria" (entrevista de una página entera), "Gara", la revista euskera en Navarra "Tipi-Ttapa", o la revista satírica "Ostiela". Participa anualmente en el poemario Halsa que reúne a los poetas vascos españoles y franceses. Ha publicado poemas en la prestigiosa y única revista literaria vasca actual, en la revista Maiaz. Recibe un premio del Certamen Literario de Nuevos Artistas organizado por el INJUVE Navarro con el poemario "Azken Bala" que trata el conflicto vasco y la violencia. Ha participado en eventos culturales, inauguraciones de exposiciones y diversos eventos organizados en el Norte de Navarra recitando sus poemas. En 2008 va a publicar el poemario "Azken bala"/"Última bala" con la editorial sevillana "Point de lunettes" en euskera y castellano y con la editorial gallega O Grelas un poemario junto a otros miembros del grupo literario de "Huérfanos de Cermuda" Es miembro de la Asociación de Escritores Vascos. Actualmente es cronista cultural de Madrid.

Dedicado a Yoyes

*En la clandestinidad, me tendiste la mano.
En las deportaciones, la verdad.
Cuando huíamos, la mirada.
En las detenciones, la voz.*

*Lo que no pensaría nunca era
que en el intento de volver a la vida normalizada
me matarías.*

[de "Azken bala"/"Última bala", que se publicará en 2008 en la editorial Point de Lunettes]

non me pariches sen terra

francisco brives

Non me pariches sen terra
sen forza e sen alento.
Non me escondiches da verba
a alma que o mar axeita.
Na percura das bateas que crien
fillos sen nomes e nais sen sachos,
fiseches de min un fillo sen alma e un guerreiro sen armas.
Parir pariches... mais criei lonxe, sen o murcho regazo
que anaina nas ondas aos mariñeiros,
ou o bater do ar nos miolos cando un ten medo.
Tiven de ser home sen terras
nun deserto de soidades e lingoas alleas,
malpocado polo acento dos que mercadean coas ondas televisivas,
espido de canto verdor cinguido leva o teu himno.
Fillo en precaria derivamais fillo a o fin.
E aquí me tes, aos pes da tua Catedral sen igreia
aos pes das tuas pedras sen teito a caron do cimiterio da nazon
española
e devandito polos miolos opresores da realidade lingüística.
Fillo da bastardia, sen normativa que me alente, nen relixion que me
teña
cuspida a alma.
Fillo nas marxes da deriva, nunha terra de nazons sen nomes
e de fascismos arreos que me negan a estirpe.
Rende o mar....eu si que vou de camiño.



Cando neno lembro a mesa da cociña onde a miña nai sentabame a falar de Rosalia de Castro namentras limpaba. Aprendin ler cun libro de poemas (Cantares Gallegos) que ainda esta na casa (Castellanos de Castilla.....) As tardes de sol na cociña onde podíase ver daquela o mar e a Torre de Hercules traenme... sabor a tomate e son de poemas, que eu lia torpemente para facer conta de que xa era grande. Aprendin ler aos tres anos, antes de ir a escola, na casa non se falaba galego mais sempre gustaron da “negra sombra” e o meu abo (cego) cantaba sentado no salon “unha noite na eira do trigo...” como un mantra que lle levaba a vida. Na coral “El Eco” onde os meus pais cantaron mil anos, chamabanme o pequeno poeta, e recitaba aos clásicos que o meu pai fixerame aprender para as ocasións (Diligencia de carmona, la de las mulas castañas...../ Con diez cañones por banda.....) despois de que o maestro Eduardo Diehl (autor de Morriña) fixera soar un piano. A poesía leva no sangue facendome música dende que teño xuicio. Agora son home de sementes e mar nunha terra extraña. O artista, o creador ten de buscar o xeito de expresarse, e coído que eu aínda ando buscalo. A mellor das obras sempre e a obra vivida, a lama da experiencia. Coído que o que escribo coma o que pinto ou interpreto e unha necesidade. Non sei vivir doutro xeito, nen quero. Admiro ao grande Celso Emilio Ferreiro que acompañou os meus primeiros pasos nun escenario. Recitei os seus poemas por moitos pequenos pobos da galiza e gardo a forza da súa lirica e compromiso social que desprende a súa obra. Sempre darei conta da miña condicion homosexual por que conto que fai de min e da miña obra sinal de loita cara a soñar un mundo millor de igualdade e normalidade. Son profundamente anti-Catolico e coído que só desterrando a relixions do ensino formaranse xeracions de rapaces sans mentalmente.... xa non era sen tempo!

Obra:

El sexo de un anarquista (Triangulo distribuciones)

Loba Maria (Editorial La Avispa)

Os de Montealto non levamos paraugas (O Voceiro de Zalaeta)

O meu libro das sombras (O Grelo Edicions)

dolor

iñaki echarte vidarte



duele
el silencio
al otro lado
no saber si estás
o no estás
si te fuiste
sin despedida

duele
y el dolor
incrementa este vacío
que te ocupaste de llenar
licuosamente

duele
pero volverás
a curar mis heridas
a lavarlas
a apretar mi cuerpo
hasta casi ahogarme
hasta que
en este caso
el dolor
se convierta
en placer

el placer
de mi cuerpo
que gime
de silencioso
dolor
al encontrarte
al sentir
tus palpitaciones
en mi interior
como si fuesen
las más

Nace en 1977 en Pamplona-Iruña. Diplomado en Literatura Creativa, especialidad Guión de Cine y TV en la Escuela Superior de Arte y Espectáculos TAI (Madrid). Ha publicado textos en prestigiosas publicaciones: Río Arga, Cuarto Creciente, La hamaca de lona; en diferentes revistas: El planeta de nuestra generación, Una vez en Pamplona/Iruñean behin, el desembarco; en publicaciones digitales: DosDoce, alex_lootz, afinidades electivas; y en antologías: Más allá del BOOM (nueva narrativa hispanoamericana), Lord Byron Editorial, Madrid, 2007 y El juego de hacer versos, el juego de hacer cuentos (Antología conmemorativa del 10º aniversario del Aula de Literatura), Pamplona, 2002. En 2005 crea el proyecto alex_lootz, en el que se encuadra la revista literaria alex_lootz [www.alexlootz.com], y una página web de reseñas de novedades editoriales. Maneja el blog Un extraño en md [<http://extranomd.blogspot.com/>] desde agosto del 2006. Colabora en las páginas de cultura de la revista de tendencias Moxow [www.moxow.es] desde septiembre de 2007. Escribe la columna Mi vida en Heterolandia en dosmanzanas.com [www.dosmanzanas.com] desde diciembre de 2007. Tiene tres libros inéditos que han empezado a tener vida y buscan editor; el libro de cuentos Blues, la novela Maldito, y el poemario Alrededores. Continúa mirando a su alrededor, espantándose con lo que ve y escribiendo.

las termópilas

javier esteban gayo

Leónidas, rey de Esparta, llamó entre grandes -más lacónicas- voces a la puerta de mi casa para anunciarme que estaba haciendo el gilipollas con mi vida. Debo confesar que yo siempre he tenido a Leónidas, rey de Esparta, como un tipo valiente, pero, desde luego, no el más indicado para darle a nadie lecciones mayéuticas a las diez de la mañana un sábado de atroz resaca. Así que le estampé la ancha hoja blindada que es la frontera de mi hogar en las narices con un moderado estrépito, sintiéndome como un hoplita ateniense renegado - tránsfuga a la fila de los persas- que en lugar de espada sostuviera una taza de café soluble. Me temo que con la emoción del portazo le debí de pillar algún dedo, no es bueno andar con sandalias en pleno mes de octubre. En cualquier caso, él no dijo absolutamente nada a ese respecto. Honestamente, no podía esperarse menos de Leónidas, rey de Esparta.

29 años, trabaja de periodista y vive en Alcalá de Henares (Madrid). Ha colaborado con relatos y poemas en diversas revistas y fanzines, como Ariadna, La Plaza Humana, Loa Noveles, Letralia, Margen Cero, Parnaso, Artifex, Bar Sobia, La Rosa Profunda, La Bolsa de Pipas o Cuadernos del Matemático. Además es coautor, junto a María Isabel Rodríguez, Jezabel Rodrigo y Felideus, de la antología ilustrada de microrrelatos Siembra de Tinta, galardonada con el III Premio de Narrativa Mago Merlín de la Editorial Celya.

seis palabras

javier esteban gayo

Y luego el funámbulo se cae.

29 años, trabaja de periodista y vive en Alcalá de Henares (Madrid). Ha colaborado con relatos y poemas en diversas revistas y fanzines, como Ariadna, La Plaza Humana, Lo Novelas, Letralia, Margen Cero, Parnaso, Artifex, Bar Sobia, La Rosa Profunda, La Bolsa de Pipas o Cuadernos del Matemático. Además es coautor, junto a María Isabel Rodríguez, Jezabel Rodrigo y Felideus, de la antología ilustrada de microrrelatos Siembra de Tinta, galardonada con el III Premio de Narrativa Mago Merlín de la Editorial Celya.

áfrica (09)

paloma benavente

[continúa de [áfrica \(08\)](#) en [alex_lootz09](#)]

a

Sentada en el sillón del salón, soltando el humo del cigarrillo por la nariz mientras miraba el televisor, pensó que lo del pintor había sido otra cosa. Él había mostrado una actitud en la que se mezclaba un interés cotilla hacia su persona con el deseo ardiente hacia su empresaria.

Era un hombre afable, de edad indefinida entre los cuarenta y los cincuenta y muchos, a quien conoció en una exposición de escultura a la que fue por aburrimiento. Pensando en él, se dio cuenta que conservaba un buen recuerdo de aquel hombre, algo que no sucedía muy a menudo.

Observando una figura dentro de una vitrina, vio una mancha al otro lado del cristal, mirándola como un pez rosa en una pecera sin agua. África fijó la mirada y la mancha borrosa se convirtió en una cara con ojos azules, pelo gris, algunas arrugas, una boca que se movía articulando palabras desde el otro lado y que probablemente estuvieran dirigidas a ella, pero no podía saber porque no oía nada, solo los labios finos que se movían y ahora esbozaban una sonrisa que despertaba una sonrisa en los labios de ella. En el interior de África asomó un tímido esbozo de alegría, como un breve aviso del final de una tarde solitaria, interrumpida por un hombre que parecía estar interesado en comentarle el significado de aquellas esculturas todas iguales, redondas, curvas, de un axiometrismo abrumador. Pensó en que posiblemente tuviese delante al autor de aquella catástrofe adorada por hombre trajeados y señoras pechugonas rimbombantes que caminaban como gallinas, picoteando los letreros en los que se informaba de que aquello era "Caballo en abril", "Amanecer" o "Torso de mujer", asintiendo convencidos de entender hasta un decimocuarto sentido oculto en la redondez de las figuras estereotipadas. Entre aquel batiburrillo de corbatas y pechugas, estaba la mancha rosada con ojos azules rodeando la vitrina y colocándose a su lado.

- ¿Le gusta? La mancha tenía acento inglés.

África se encogió de hombros como respuesta. Sin atreverse a hablar, pese a las ganas que tenía de conocer a aquel hombre, de conversar con él.

Lucho contra sí misma para contestarle con palabras, para exteriorizarse y salirse de la pecera. Necesitaba hablar con él de forma imperiosa. Él parecía ser un artista, y podría contarle cosa que ella desconocía por completo, pero para ello tendría que hablar, pronunciarse en voz alta, decir cualquier cosa para que él no perdiese el interés. Si permanecía callada, él se iría, se alejaría por la galería sin mirar hacia atrás, y ella habría perdido la oportunidad de conocerlo. En un acto de rebeldía, se atrevió a combatir su vergüenza y habló.

- Dan ganas de tocarlo - dijo ella. No se le ocurrió nada más loable para las estatuas.

- Tienes razón. Es muy redondo, y eso hace que apetezca pasar la mano por la superficie -contestó la mancha rosada con acento inglés mientras tocaba con una mano la escultura.

África supo entonces que dijera lo que dijese, él le seguiría el juego, probablemente porque tendría las mismas ganas de hablar que ella. El poseer tal conocimiento le dejó más relajada.

Se miraron a los ojos. la mancha sonrió.

- ¿Has visto "Media luna con toro"? - preguntó él.

En un principio, África no supo a que se refería la mancha inglesa, y tuvo que preguntar a su vez.

-¿Esa es otra escultura?

- Si. Está en la otra sala. -dijo señalando hacia el fondo de la galería.

- No la he visto. He llegado hace un rato y no me ha dado tiempo a verlas todas.

- Vamos a verla -dijo él cogiéndola del brazo y encaminándola hacia otra sala- Es muy interesante. Este escultor tiene verdadera profusión por las esferas. Lo redondo. Debe echar mucho de menos a su madre.

África lo miró divertida. El inglés estaba reputando la obra del escultor, pero ella no entendió sus palabras en ese sentido, pues pensó que se trataba de una broma.

- Si, por lo poco que he visto, me he dado cuenta -dijo, continuando la broma. Se miraron a los ojos y volvieron a sonreír, cada uno por motivos diferentes.

En la otra sala había más esculturas de piedra con formas redondas. Se detuvieron delante de una de ellas sin prestarle demasiada atención, mirando aquí y allá, riéndose un poco entre dientes de la colección de corbatas que danzaban en la sala, de los broches que colgaban de las protuberantes pechugas. El inglés seguía agarrado de su brazo.

- Yo no la entiendo - dijo el hombre refiriéndose a la escultura- Tal vez usted pueda decirme algo sobre ella. ¿Qué ve?

África iba a contestar como si se tratara de un examen, sin saber qué contestar y con premura, pero antes de que lo hiciera, él volvió a hablar de nuevo.

- ¿Usted hace esculturas?

La mancha inglesa no la tuteaba, lo que le extrañaba. Nadie la trataba de usted, excepto en la oficina del paro.

- No, nunca he hecho una figura. Una vez de pequeña hice un cenicero para el día del padre. Se rompió a los tres días porque no lo cocí.

Sintió profundamente haberle contado un recuerdo de infancia a un extraño, un recuerdo por lo demás tonto y sin importancia al que había cubierto con su tono lastimero, pero con el inglés parecía muy fácil hablar de cualquier cosa, incluso de su pasado. El hombre no se inmutó por su confidencia.

- ¿Y pinta?

- Tampoco.

- Entonces, ¿qué hace? ¿Toca algún Instrumento, hace algo con las manos? -el inglés preguntaba sin impaciencia, solo por buscar un tema en común.

- Alguna que otra vez he pintado. Me refiero sobre un papel o una cartulina. -África supo que iba a hacer otra confidencia y se paró un momento a pensar otra cosa que decir, pero descubrió que no se le ocurría nada, y siguió adelante- No es que fuese nada especial, rayajos, mezcla de colores. Nunca formas. Me gusta pintar muchos colores en una hoja, me atrae el colorido, pero no me dedico a pintar.

- Se entretiene.

- Más o menos. Se parece más a una terapia que a un entretenimiento. Cuando pinto es más por necesidad, algo que me sale de muy dentro. Me relaja y me ayuda a pensar.

- ¿Y a que se dedica usted?- se interesó el inglés.

- Arreglo trastos viejos y los vendo.

- ¿Televisores, electrodomésticos?

- No de ese tipo. Muebles, sillones, objetos de decoración...

- Es usted una artesana.

- No lo sé. Me divierto.

El inglés no continuó con la conversación, esperando que fuese ella la que hiciera la pregunta siguiente. África lo miró a los ojos a causa de su silencio y comprendió lo que él quería. Le preguntó para complacerle, jugando a su mismo juego de reglas sencillas. Al hacerlo, dudó si tratarlo de usted o tutearlo.

- Y usted, ¿hace esculturas? -prefirió seguir el modelo del inglés, pensando que no estaba bien que él la tratase de usted y que ella le tutease, aunque no comprendía por qué no estaba bien. Siguió el modelo del inglés por inercia.

- ¿Yo? No, yo soy pintor. Pinto láminas de los lugares típicos de la ciudad y las vendo a los turistas. Me pongo en la Plaza Mayor y se me da bastante bien, para pagar la pensión y un poco de comida. No necesito mucho más.

Las palabras de la mancha inglesa quedaron flotando en la sala porque ninguno de los dos continuó la charla, interrumpidos ante la visión de un bloque de granito con forma de aspirina gigante al fondo de la sala. El inglés la condujo hasta ella. "Media luna con toro", informaba el rectángulo de papel apoyado en la base de la plataforma.

- Esta es -dijo el inglés, emocionado ante la estructura de piedra- "Media luna con toro".

La aspirina gigante que África veía se diferenciaba de las demás figuras en el tamaño. "Torso de mujer" era exactamente igual, de menor diámetro y con una hendidura en el centro simulando un ombligo.

- Parece igual que las demás -se aventuró a decir pudibunda, sin saber si al inglés le gustaba de verdad aquella escultura.

- Fíjate bien -tuteó él -. Observa detenidamente los contornos, el interior, la circunvalación que agrupa el conjunto. Es un todo completo y redondo.

Estaba fascinado por las esculturas, pero África tenía la sensación de que le estaban tomando el pelo, que se trataba de una broma, porque aquello era lo mismo que las tres figuras restantes de la sala: aspirinas. En la exposición había aspirinas de granito, aspirinas de mármol, aspirinas con ombligos o con hendiduras radiales. Lo único que incitaban aquellas aspirinas era a aun dolor de cabeza inmediata desaparición ingiriendo cualquiera de ellas.

- No sé si tengo que ver un toro o una media luna, no donde tendría que buscarlos. Haciendo un esfuerzo podría ver un plenilunio -dijo condescendiente, siguiendo la broma del inglés.

- ¿Plenilunio? -preguntó él, no comprendiendo el significado de la palabra.

- La luna llena.

- ¡Ah, no! Esa es aquella de allí.

África giró la cabeza y vio un delgado cilindro colocado verticalmente sobre un pilar de yeso. El inglés la miró y esbozó una sonrisa.

Continuaron juntos su recorrido por la sala, mirando las esculturas en silencio, cada uno buscando la perspectiva que más conveniente le parecía, tocando de vez en cuando las superficies de piedra evitando que el guarda jurado los viese. Era como un juego. África encontraba más significado en el lado de las esculturas que daba contra la pared y pensaba que sería mejor cambiarlas de posición. Cuando se lo comentó al inglés, él permaneció serio sin darle ninguna respuesta, rompiendo con su seriedad el juego que ella había propuesto. África observó cariacontecida el resto de las esculturas, sintiendo que no comprendía del todo cuales eran las reglas del juego del inglés, pues de vez en cuando se sentía ridícula en sus comentarios.

Con el paso de las horas y de las esculturas, las salas de la galería fueron vaciándose paulatinamente. Ellos continuaron mirando, África siguiendo la ruta que el marcaba y hablando sola de vez en cuando. El inglés rompió el silencio cogiéndola del brazo y llevándola fuera, a una sala aparte de la exposición.

- Ahora es la merienda, -dijo exaltado, rompiendo con su actitud pausada de antes- lo mejor de las inauguraciones. Hoy he estado en tres. En la primera tenían canapés muy buenos. No sé que era. En la segunda sólo daban cervezas porque el autor era un joven desconocido. Sabes la relevancia que tiene el autor por la merienda que dan en su inauguración. Si no te dan nada, es que nadie apuesta por él. Veamos que dan en la tercera. Vamos.

El inglés parecía más animado cuando hablaba de comida que de esculturas, y África creyó atisbar las reglas de su juego. La llevo a la sala paralela a la exposición, donde la bambolla de los hombres trajeados y sus mujeres pechugonas perseguían a los camareros que portaban bandejas llenas de canapés.

- ¡Llegamos tarde! -exclamó el inglés, y se dirigió hacia uno de los camareros para coger varios canapés. África se quedó atrás, observando a la gente y esperando el regreso del inglés.

En ocasiones, los hombres y las mujeres de las salas se aliaban contra un camarero al que asediaban hasta arrinconarlo contra una esquina, para dejarlo después descompuesto por los empujones y con la bandeja vacía.

En eso consiste la visita cultural, -pensó África- en asentir en general a las aspirinas y contar por dentro los minutos que faltan para la merienda. No les importa que la exposición sea de querubines o de cáscaras de naranja; el artista va a triunfar o fracasar dependiendo de su generosidad en la merienda y no por el impulso artístico de su obra. La merienda se ha convertido en la única finalidad de esos trajes recogidos del tinte, las corbatas de diseño minimalista y los abrigos de piel. Se han puesto guapos y respetables para la comida en sociedad. Les ha servido de excusa para salir esta tarde de casa, lejos del cálido salón que huele a cerrado y a moho lleno de manteles con puntillas y bordados que cubren sus lujosos muebles heredados de algún pariente rico y muerto.

El inglés emergió del gentío con una mano llena de comida y la otra con una copa llena de cerveza. Masticando con la boca abierta, le contó que básicamente vivía de la comida que daban en las inauguraciones, porque con las láminas había veces que no le llegaba más que para pagarse la pensión. África lo observaba mientras él engullía un canapé de salchicha y bebía su cerveza.

- ¿Y qué pintas cuando no es para los turistas? -le preguntó, cogiendo una copa de vino antes de que una de las señoras pechugonas se abalanzase sobre ella fallando en su tentativa de quitársela.

- Lo que veo. Suelo acompañar el dibujo con textos, frases sueltas o palabras que me llaman la atención. Pero eso no da dinero. Lo que me mantiene son las láminas de las fuentes famosas de la ciudad, de los bares típicos y de las plazas. Y le dedico más tiempo. Es una lastima pero es así.

- Sí, es un lastima -dijo África mirando en la boca abierta del inglés la comida masticada.

El inglés pasó a explicarle entre bocados y tragos, sus técnicas pictóricas, mientras África le escuchaba observando el tumulto de gente.

Un camarero salió con una bandeja llena de comida, y antes de que pudiese dar dos pasos, el círculo de gallinas y trajeados lo rodearon, primero empecé pintando al temple, empujándose unos a otros, participes de una coreografía destartalada de manos-ventosa que cazaban canapés, pero no me convencía mucho y preferí comerme yo los huevos. El camarero, mortificado, intentaba avanzar entre la septicemia de trajes y pechugonas, después al óleo, deseando con más ganas arredrar sus pasos que cumplir con las orden del jefe de cocina que le había mandado llegar, con la bandeja llena, hasta el fondo de la sala. A su pesar, quedó inmovilizado rápidamente por el gentío, pero era tan caro, y ya sabes, los acrílicos, dicen que es lo mismo pero no lo es. Esquilmado, resopló pensando en la hora de salida. El grupo se disperso con la misma facilidad con la que se había agrupado en torno al camarero, y se unieron en pequeñas simbiosis de murmullos y tintineos de copas de cristal, improvisando conversaciones que hicieran más amena la espera hasta la aparición de la siguiente ración de canapés. Yo puedo distinguir sin problemas un cuadro hecho con óleo a otro hecho con acrílico, y se nota, claro que se nota. En sus miradas se descubría la intención de vaciar la bandeja del próximo fámulo, esta vez, en un tiempo récord, y terminé con la acuarela. Es más económico, rápido y a los turistas les parece exótico. Increíble ¿no es cierto?

El camarero desapareció por la puerta de servicio mirando su reloj.

Esa noche, África durmió en la pensión del inglés Que en realidad era de Nueva York y se llamaba David (Déivid, como pronunciaba él a veces de forma poco clara con la boca llena de comida).

Después, no lo vio nunca más. Un día fue a la Plaza Mayor a buscarlo, pero no lo encontró. Ninguno de los otros pintores a los que preguntó lo conocía.

África, situada en la mitad de la Plaza Mayor, se despidió mentalmente de él, imaginándolo devorando los canapés de su propia exposición y hablando a los críticos con la boca llena, escupiéndoles alguna que otra migaja como había hecho con ella.

Apagó la televisión y se acostó en la cama. Esta noche soñaría con el pintor.

12

Caminó sin rumbo por entre las calles hasta que dio con un parque sin césped, donde decidió quedarse un rato y sentarse en un banco pintado de amarillo. Hacía frío, y el viento la despeinaba congelándole las orejas, pero aún así, pensó que sentándose podría encontrarse mejor. Notaba un vacío de malestar aposentándose entre el estomago y las costillas, sin que pudiese hacer nada por remediarlo, sólo estar sentada en ese banco amarillo de hierro. Tenía frío y le sudaban las axilas. Se notaba pálida. Las venas le latían con insistencia en el cuello, subiendo a borbotones a la frente y escurriéndose por la nuca, por el bulbo raquídeo, aflojándose en los hombros como un peso desatado, aunque se sentía mejor que cuando estaba en el bar como las hormigas. En el parque no corría peligro de ser devorada por los insectos, por lo que no debía preocuparse de sus seguridad. Los párpados le pesaban como planchas de acero. Cerró los ojos y dejó que el viento se llevase con la corriente el último reducto de su malestar.

Tendría que haber salido antes del bar, pero cualquiera se aventura con las hormigas rondando por todas partes.

Podría haberme dejado caer para que alguien me atendiese. No hubiera sido tan grave. Las hormigas me habrían llevado a cuevas hasta su hormiguero donde me habrían guardado en la despensa como provisión para el invierno. Hubiese comido algo y con las fuerzas recuperadas, la huida sería más sencilla.

Palpó en los bolsillos de su abrigo buscando un cigarrillo. Se dio cuenta de que lo había dejado olvidado sobre la barra del bar.

- No voy a volver allí -pensó-. No quiero más hormigas por esta noche, son muy peligrosas. Necesito tabaco. Dónde comprarlo, no sé si habrá algo abierto por aquí, no se ve a nadie a quien preguntar. Debe ser tarde. Debería comer algo. No sé si tendré dinero para todo. Primero el tabaco.

Se levantó del banco y caminó a los pies de los edificios de ventanas a oscuras, en busca de tabaco. En la calle no se veía a nadie. Todo estaba en silencio, excepto cuando algún coche pasaba, deslumbrando a África con los faros.

- No veo el letrero luminoso de ningún bar. Cafetería. Cafetería, no bar, no quiero entrar en ningún bar. Podría haber más hormigas. Una cafetería es más segura. Puede que haya cucarachas, pero esas no hacen nada. Sólo dan asco.

Vio a lo lejos un grupo de personas deambulando. El único bulto que se recortaba en la llanura de la calle. Se acercó corriendo a ellos.

- ¿Tenéis un cigarrillo? -preguntó. El grupo, formado por dos chicos y dos chicas, la miro un momento, intentando reconocerla.

- No.

Parecían haberse asustado de su repentina aparición.

- ¿Sabéis si hay alguna cafetería por aquí? -preguntó con algo de ansiedad.
- ¿Aquí cerca?
- Sí.
- Pues no sé -respondió el chico.
- Yo tampoco -dijo el otro.
- Creo que un poco más allá -indicó una de las chicas- hay varias discotecas juntas.
- Tiene que ser una cafetería -insistió África.

CHICO 1: ¿Una cafetería?

ÁFRICA: Sí.

CHICA 1: Habrá alguna entre las discotecas.

CHICA 2: Yo sé que también hay bares. ¿Te sirve un bar?

ÁFRICA: No, tiene que ser una cafetería.

CHICO 2: Qué extraño.

CHICO 1: (*pensativo*) Una cafetería... una cafetería... una cafetería... no sé.

CHICO 2: ¿Por qué una cafetería y no un bar o una discoteca, que es lo que hay por aquí? Es lo más sencillo. Acomodarse a lo que hay y no venir con exigencias.

CHICA 2: Deja que la chica vaya donde le dé la gana.

CHICA 1: (*dirigiendo se agria a chico2 por recordar una vieja renilla del pasado*) Siempre metiéndote en todo. Si ella quiere una cafetería, será por algo. Sus razones tendrá.

CHICO 2: (*ignorando a chica 1 porque sabe que en la vieja rencilla él tenía razón y dirigiéndose a África*) ¿Buscas una cafetería en especial, algún nombre, referencia, dirección?

ÁFRICA: No.

CHICO 1: No... Eso complica las cosas.

CHICO 2: Y de qué manera.

ÁFRICA: (*condescendiente*) Lo sé.

CHICO 2: ¿Y si yo te doy la dirección de un bar?

ÁFRICA: No es lo mismo. Ha de ser una cafetería.

CHICA 2: Eso ya me lo había dicho a mí.

CHICA 1: Es cierto. Yo lo he oído.

CHICO 1: Yo también. Creo.

CHICO 2: Está bien, admito que ya lo había dicho. Sólo era una prueba.

CHICA 1: Ya está éste con sus pruebas.

CHICO 1: Una prueba, ¿de qué?

CHICO 2: La pregunta apropiada sería: Una prueba, ¿para qué?

CHICO 1: Está bien, corrijo. Una prueba, ¿para qué?

CHICO 2: Para comprobar.

CHICA 2: Comprobar ¿el qué?

CHICO 2: Su constancia. A lo largo de la conversación, ella podía, hipotéticamente, cambiar de idea e inclinarse por una discoteca o por un bar, olvidando su idea primigenia de la cafetería, ergo la conversación acerca de la ubicación de una cafetería resultaría del todo inútil.

CHICO 1: ¡Qué buena idea!

CHICO 2: Buena y práctica. (*a África*) ¿Sigues tomando partido por una cafetería?

ÁFRICA: Sí.

CHICO 2: Está bien. Dejando claro ese punto, debemos contar nuestras fuerzas para recordar una cafetería cerca de aquí, (*dirigiéndose a África*) que, además tendrá que estar abierta.

ÁFRICA: Sí.

CHICO 2: (*a los demás*) ¿Alguno recuerda una cafetería por aquí cerca, que además del detalle de la proximidad, posea el de estar abierta? (*ante el silencio del grupo*) Espero que el termino "cafetería" posea la misma definición para todos.

CHICA 2: Yo no estoy segura de saber distinguirlo.

CHICA 1: Yo veo diferente un bar de una discoteca, pero una cafetería, ahora mismo, no...

CHICA 2: A mi las cafeterías me suenan a algo diurno, abierto por el día, cerrado por la noche.

CHICA 1: Sí, donde hay viejas de pelo blanco mojando la madalena en el café con leche.

CHICA 2: Y luego recogen con la cucharilla las migajas que han caído al vaso.

CHICA 1: Repugnante.

CHICA 2: Una verdadera guarrada. *(a África)* Espero que tu intención no sea esa.

ÁFRICA: No.

CHICA 1: Menos mal. No esperaba menos de ti.

CHICO 1: Os confundís. Donde van las viejas son cafeterías diurnas.

CHICA 2: ¿Hay cafeterías nocturnas?

CHICO 2: No. Hay cafeterías 24 horas.

CHICA 2: ¡Veinticuatro horas! Podríamos ir a una. Nunca he visto una.

CHICA 1: Hoy no, otro día.

ÁFRICA: También hay cafeterías que abren por el día y no cierran hasta las tres.

CHICO 2: esa es una modalidad que no conocía.

CHICA 2: *(quejica)* ¿Por qué habiendo esa variedad de locales nosotros siempre vamos a los mismos sitios?

CHICO 2: No nos pongamos así, estamos ayudando a esta chica, qué va a pensar de nosotros.

CHICA 1: A ti siempre te interesó más lo que pudiese pensar un pimiento que lo que pensasen tus vecinos sobre ti.

CHICO 1: ¿Esta chica es vecina tuya?

TODOS: ¡No!

ÁFRICA: *(interrumpiendo al grupo)* ¿Qué hay de la cafetería?

CHICO 1: Es cierto. Hablábamos de una cafetería.

CHICA 1: *(sorprendida)* Lo había olvidado.

CHICA 2: Yo también.

CHICO 2: Entonces formularé de nuevo la pregunta. ¿Alguno recuerda una cafetería ubicada en esta zona que además permanezca abierta a estas horas?

CHICA 1: No, lo siento.

CHICA 2: *(dirigiéndose a la chica 1)* ¿Por qué lo sientes? *(a África)* Yo tampoco sé nada.

CHICO 1: *(pensativo y ensimismado)* Abierta y cerca... Cerca y abierta... Abierta y cerca...

CHICO 2: *(a chico 1)* ¿Alguna idea?

CHICO 1: *(saliendo de su trance)* No.

CHICO 2: *(dirigiéndose a África)* Ni yo. Lo siento, no podemos ayudarte.

CHICA 1: *(a chico 2)* Y tú, ¿por qué lo sientes ahora?

(África se mira la punta de las botas como señal de desesperanza)

CHICA 1: *(dirigiéndose a África, apenada)* Si quieres podemos indicarte el lugar de las discotecas.

CHICA 2: *(enternecida)* Allí podrás seguir preguntando.

CHICO 1: *(a punto de llorar)* Puede que encuentres a alguien que pueda ayudarte.

CHICO 2: *(lacrimoso)* Y encuentres tu cafetería abierta.

(África levanta la cabeza. Una leve sonrisa de esperanza se asoma en sus labios. El grupo de chicos le devuelve sonrisas idénticas)

CHICA 1: Es muy fácil. Sigues esta calle y encontraras una plazoleta donde están las discotecas.

CHICA 2: No hay más de cien metros.

ÁFRICA: *(despidiéndose)* Gracias.

CHICA 1: De nada.

CHICA 2: Hasta luego.

CHICO 2: Suerte.

CHICO 1: Suerte.

(África abandona el grupo y sigue las instrucciones que le han dado. Piensa que podría haber ido con ellos allá donde fuesen si no existiera la irremediable muralla que le hubiesen puesto de haberse quedado con ellos más tiempo. Llega a una pequeña plazoleta en la que varios carteles luminosos muestran la variedad de locales. No hay ninguno que dé muestras de ser una cafetería. En uno de ellos se lee "Café-bar". Entra.)

[continuara en [áfrica\(10\)](#) en [alex_lootz11](#)]



Virginie Despentes:
Teoría King Kong
Traducción de Beatriz Preciado.
Barcelona, Editorial Melusina, 2007, 126 pps

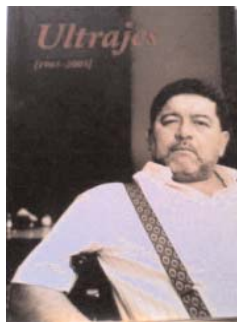
Punk: pobre hombre, vago, despreciable,
basura, escoria, gamberro (voyou en francés).

“El monstruo que habita en mí no se rinde”, afirma Virginie Despentes en su último libro. El monstruo, King Kong, la fea, la diferencia, la copia de copia, las ficciones o fantasmas, los pastiches sin consistencia ontológica, las torcidas, las putitas, las bigotudas, las del coño seco o demasiado húmedo, todos aquellos seres despreciables que deben ser expulsados, rechazados por el sistema. Como el hombre-lobo de Hobbes, King Kong marca ese umbral de indiferencia, “híbrido anterior a la obligación de lo binario”. Despentes abre la puerta a todo lo que “queda fuera”. Despentes revienta la puerta, los deja entrar, les da la palabra, les da una metralleta. Porque el monstruo no se rinde, ni se rendirá nunca.

El último libro de Despentes, *Teoría King Kong*, irrumpe en el panorama feminista de forma brutal, corrosiva y extremadamente lúcida. Despentes formula un *punkfeminismo*. Por una parte, el tono en primera persona y autobiográfico del libro rompe con toda melodía, destruye toda armonía bajo los punteos de su guitarra eléctrica. Todos los mitos victimistas del feminismo, como la violación, la prostitución o la pornografía se reapropian y resignifican, convirtiéndose en armas políticas. Por otra parte, el *punkfeminismo* de Despentes retoma los análisis butlerianos sobre cierta “ontología del des(h)echo”, de la escoria, de lo despreciable. Para Despentes, la heterosexualidad, como régimen político, funciona generando y produciendo injusticia: es una máquina que se pone en marcha a través de la normalización, la exclusión, la represión y la marginación de ciertas vidas que no encajan en la norma o ideal regulativo. Por ello, Despentes nos habla de esas vidas a las que se les niega un estatuto ontológico, esas otras vidas consideradas abyectas o inhumanas, esas chicas King Kong que desestabilizan y dinamitan el sistema hegemónico de saber-poder, poniendo en marcha una suerte de *voyoucratie*.

La herencia del pensamiento lesbiano materialista de Wittig, el feminismo postcolonial y los análisis sobre la raza y la clase social también impregnan las páginas del libro Despentes. Desde cierto marxismo, Despentes analiza las relaciones de género desde la perspectiva de las relaciones de clase, transponiendo el concepto marxista de explotación al análisis de la opresión de la mujer, estableciendo un paralelismo entre la condición de mujer y aquello que define una clase social como clase subordinada. Ejemplo de ello, su reformulación del trabajo sexual o la imagen pornográfica: “Las prostitutas forman el único proletariado cuya condición conmueve a la burguesía” o, más adelante: “Los hombres como cadáveres gratuitos para el Estado, las mujeres como esclavas de los hombres”. Es preciso recuperar lo político, el ámbito de lo público, contaminando todos aquellos espacios que nos han sido negados hasta ahora. Es preciso descenstrar, desestructurar y hacer estallar el patético y reducido ámbito de la feminidad. Porque feminidad no es sino sinónimo de sumisión, de exclusión, de opresión.

La chica fea, la guarrilla, la marimacho están hasta el coño de todo. “Si no viniera del punk-rock, me avergonzaría de lo que soy”, nos dice Despentes. Resuena en *Teoría King Kong* la sentencia de Las Vulpes, divas del punk español: Puesto que “prefiero masturbarme sola en mi cama, antes que acostarme con un hombre que me hable del mañana [...] Permíteme que te de mi opinión: ME GUSTA SER UNA ZORRA”. Esto no es un libro, Virginie. Es dinamita. **Carolina Meloni.**



Harold Alvarado Tenorio:
Ultrajes (1965-2005).
Colombia, Arquitrave Editores, 2007, 113 páginas

Harold Alvarado Tenorio es un poeta impulsivo, un hombre enérgico, que se ha convertido en un personaje inestimable para la cultura colombiana, tanto para quien quiera verlo como para aquel que se tapa los ojos a su paso. Algunos de sus logros son indiscutibles. La revista *Arquitrave*, que traspasa fronteras, vuelve, y, sobre todo, se introduce por los ojos y se queda inspirando nuestros pensamientos. La editorial del mismo nombre en la que lo mismo publica Luis Antonio de Villena, Konstandinos Kavafis, Charles Bukowski, poetas japoneses como Du Fu y Li Bai, o los poetas colombianos Verano Brisas y Elkin Restrepo.

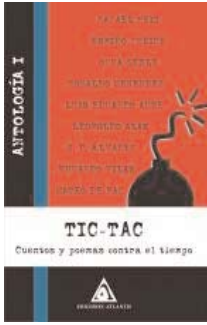
Respecto a su propia obra, puede leerse los poemas más destacados en su última antología *Ultrajes (1965-2005)*. En ella, podemos encontrar algo más que esos tres versos que le han llevado a través del mundo (*gran vida que das y quitas / ni siquiera el recuerdo quedará en nuestros huesos / ni siquiera la música de violín de Mendelssohn*).

Alvarado Tenorio tiene una voz narrativa contundente, imponente. Una voz de la que no se puede escapar, que te atrapa, te sacude. A veces se nos muestra como un poeta cerrado en si mismo (*Soy solo un escribano / y debo componer / tres mil caracteres cada día. / Apenas tengo tiempo para el placer*), a veces hombre de turbias pasiones (*La carne / que respira humores de vino / no sabe distinguir /entre uno y otro sexo*), siempre tendiente a la desesperación (*El daño y las penas / han hecho de mi un despojo / y de mi alma /una errante sustancia*).

En *Ultrajes (1965-2005)* parte de la poética de grandes autores, entre los que se encuentran Luis Cernuda (*¿Quién nos quitó la realidad / y sólo nos dejó el deseo?*) o Konstandinos Kavafis (*No pierdas el tiempo buscando la patria / la llevas contigo. Con ella morirás sin haberla pisado*), para ofrecernos su peculiar visión de la vida.

Los cuarenta años que recoge este volumen dan para mucho. Los poemas iniciativos, de menor extensión, algo inocentes, dan paso a poemas más largos, maduros, intensos, y sobre todo, desesperanzados. Ausencias imposibles de superar (*Tango*), reflexiones desde la madurez (*Proverbios*) o la sensación eterna de transito (*La patria*) componen el corpus central, y más desgarrador, del poemario. Estos poemas y la visión post-lorquiana de Nueva York (*La ciudad*) hacen de este poemario un testimonio vital impresionantemente de un hombre singular.

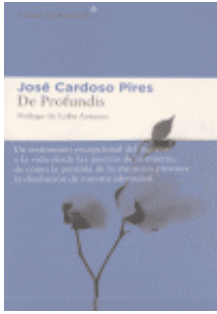
Ultrajes (1965-2005) es como una fragancia (eterna). Evoca recuerdos melancólicos, da forma a un presente dolorido y permanece impregnado en tu piel. Son poemas concebidos a fuego lento, con delicadeza, cuidando cada verso. Pero nos golpea, con cierta crueldad. No para hacernos daño, si no, más bien para que no nos quedemos dormidos entre nuestras propias mentiras. **Iñaki Echarte Vidarte.**



Varios Autores:
TIC-TAC. Cuentos y poemas contra el tiempo.
 Madrid, Ediciones Atlantis, 2007, 264 páginas.

Resulta curioso que un país como el nuestro, tan dado a las antologías poéticas, no produzca más antologías como la que aquí nos ocupa, un proyecto de Ediciones Atlantis que sorprende por lo arriesgado de la apuesta y la audacia de haberla llevado efectivamente a cabo, más aún teniendo en cuenta la casi total escasez de posibilidades de publicación de un autor novel y sin padrinos en éste o en cualquier otro lugar del planeta. *Tic-Tac. Cuentos y poemas contra el tiempo*, reúne entre sus páginas a 60 autores, algunos de los cuales acreditan ya una sólida carrera literaria o, en el peor de los casos, un nombre lo suficientemente reconocido como para ser garantía de calidad en el mercado. Entre los primeros están nada menos que Espido Freire (*El tiempo huye*), el asturiano Rafael Reig (*El tiempo sobre los manteles*), el poeta y novelista Leopoldo Alas (biznieto de su homónimo y que participa con el poema *Una lengua común*) o el cubano Ronaldo Menéndez (*El efecto mariposa*), todos ellos autores con obra publicada, relativamente jóvenes y a los que la crítica a reconocido su contrastada valía. Entre los segundos, la artista Ouka Le(e)le o el polifacético Luis Eduardo Aute, quienes aportan a esta antología dos poemas inéditos (*Del cuaderno de Cintra* y *Lo que sea, pero ya*). Junto a ellos, nombres hasta ahora desconocidos como Alberto Massa, César González Álvaro, Julio Montesinos, José A. Gallardo o Guillermo Aguirre.

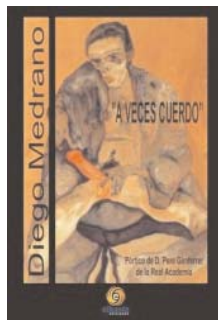
El tiempo como metáfora, como inevitable hilo conductor o como juego de espejos narrativos; el tiempo, en fin, como fundamento de la propia literatura (no olvidemos que es el tiempo, precisamente, aquello a lo que se enfrenta cualquier autor, y sus consecuencias lo que explora cualquier texto que pretenda considerarse literatura), es el punto de contacto entre los distintos relatos y poemas de la antología. Sin embargo, no es aquí –como ya se ha dicho– donde radica el verdadero interés de la misma, sino en el extenso listado de nombres nuevos que el editor se ha atrevido a colocar junto a aquellas “vacas sagradas”, todos ellos escritores desconocidos para el gran público, a pesar de que algunos hayan publicado ya sus primeras obras. Obviamente, el conjunto, como toda antología, es desigual, lo que no significa que carezca de hallazgos de una extraordinaria madurez literaria. Relatos como *Capítulo de barro nº1*, donde el madrileño Alberto Massa juega sin pudor a ser a la vez Pynchon y Cortazar; *Errores de cálculo*, en el que Cesar González Álvaro nos ofrece una moderna relectura del mito de Sísifo; *Un cuento ruso*, en el que Eduardo Vilas se acerca al juego de realidades de *El capote* de Gogol; *Sobre arenas movedizas*, de Guillermo Aguirre, una borjiana metáfora de la memoria personal; o, en fin, los futuristas *Al contar mi historia el recuerdo*, del bilbaíno Mateo de Paz o *El tiempo y la guerra* de J.D. Álvarez. Todos estos relatos, junto a los también excelentes *Todos los palacios vacíos* o *Cuando Dios tira de un lado...*, por citar apenas una pequeña muestra, conforman el núcleo fuerte de *Tic-Tac*, un libro que demuestra que es posible dar salida a apuestas literarias sin el apoyo de los grandes grupos de difusión. Ediciones Atlantis continúa, así (y ya van tres años de vida), su apuesta por la edición independiente, regalándonos esta estupenda recopilación de autores propios y ajenos con la certeza de que, en todo caso, sólo “el tiempo es el mejor antologista, o el único tal vez...”. **Rúben Sáez Carrasco.**



*José Cardoso Pires:
De profundis
Madrid, Libros del Asteroide, 2006, 96 páginas.*

Como el mismo autor advierte en *Entre líneas de una memoria* (el breve escrito que cierra el volumen que nos ocupa y que hace las veces de epílogo aclaratorio), “me interesaba presentar el testimonio de un hombre de formación corriente en su enfoque de la pérdida de la identidad que padeció a consecuencia de un accidente cerebral”. Memoria e identidad son, pues, los dos vértices entre los que se desarrolla esta insólita confesión de quien, a pesar de la poca atención que se le ha prestado en nuestro país, está considerado uno de los mejores escritores portugueses del siglo XX, José Cardoso Pires (1925-1998). Una isquemia cerebral padecida en el año 1995 es el desencadenante de *De profundis*, escrito después de recuperarse de la profunda amnesia provocada por el trastorno cerebral y que no debe leerse únicamente como el relato de una experiencia traumática sino como el esfuerzo lúcido, honesto y revelador de indagar en la relación de la palabra con los más desconocidos recovecos de nuestra identidad. Como escritor, José Cardoso Pires conoce bien, a través de su obra de ficción, la tentación de perderse en otras identidades y las potencialidades y posibilidades existentes en la adopción de otras voces, como magistralmente demostró en *La balada de la playa de los perros* o en la premiada *El huésped de Job*. Si aquellas obras son ejemplo de la envergadura que esconde la apuesta literaria del portugués, *De profundis* es la luminosa confirmación de que esa apuesta lo es con todas las consecuencias, y de que su compromiso con la palabra es indisociable de su concepción de la vida. Después de una experiencia como la pérdida de la propia identidad, Cardoso Pires siente la necesidad de indagar en los vericuetos de su propia experiencia durante los difíciles días en el hospital y recorrer, como escribió San Agustín, las galerías y los palacios de su propia memoria.

Consigue así ofrecernos un luminoso testimonio sobre la forma del recuerdo, logrando inmiscuirnos (en el pleno sentido de esta palabra) en la experiencia de la visión que rescata las vivencias del olvido y que pretende hacer de la vida, a través de la conformación artística, una realidad en la que al menos sea posible atisbar una posibilidad de sentido. La articulación poética del recuerdo en cuanto experiencia vivida y recobrada (que los escrito reproduzca y haga aparecer ese recuerdo, iluminándolo) demuestra la esperanza de Cardoso Pires, su envidiable confianza en que la memoria, traumatizada sin duda por una experiencia vertiginosa, guarde de algún esquivo modo las sensaciones de esos momentos, y permita (citando a quien fue su más insistente apologeta) recuperar “lo que pierde el olvido” indagando en “lo que la memoria transforma”. Pura arqueología de la memoria y de la conciencia humanas la que se asienta, en fin, en el hermoso y sencillo decir de este libro, una obra sabia y humilde poseedora de una profundidad y una trascendencia que ya apenas encontramos, y que quizá nos permita aferrarnos a la fuerza de una idea casi en desuso pero en absoluto desechable: que la conciencia más intensa de la vivencia propia nos llega del arte verdadero, y a través de las esquivas y confusas vías de nuestro recuerdo. **Rubén Sáez Carrasco.**



Diego Medrano:
A veces cuerdo.
Oviedo, Eikasía ediciones, 2007, 100 páginas.

Conocí a Diego Medrano en el *Círculo de Bellas Artes*, hace exactamente un año. Presentaba *Diario de un artista echado a perder*. Un libro absorbente, encantador (de mentes). Durante la presentación alternaba momentos de vehemencia exagerada, que lo dejaba al límite de la extenuación, y momentos de auténtico humor negro con el que conseguía relajar al auditorio. A veces loco, a veces cuerdo. El público era, por decirlo de alguna forma, reducido. No es Medrano un autor que arrastre masas. Sus seguidores no son muchos, pero es un grupo minoritario, selecto y, a veces, invisible. Me interesaba mucho el libro, recuerdo que lo leí frenéticamente. También me interesaba el autor-personaje, huidizo e inteligente. Así que al finalizar el acto me acerqué a la mesa, con la intención de que me firmara el libro. Recuerdo que estaba abrumado, que tenía, incluso un poco de miedo. Quizás por la posibilidad de recibir algún impropio de Medrano (que ahora que lo pienso sería un lujo). Pero él se comportó como un buen hombre y un buen escritor. Me pregunto que es lo que estaba haciendo, que tal me iba y alguna que otra cosa que me da vergüenza contar. A veces cuerdo, a veces loco.

Recuerdo que dijo que tenía pendiente de publicar algunos libros más, pero todos en editoriales diferentes y marginales. Me encantó. En un mundo en el que la mayoría de los escritores quieren (queremos) publicar a lo grande, que un grande quiera publicar a lo pequeño, me parece, como mínimo, elogiable. Un ser contracorriente, que dirige su carrera por las pequeñas editoriales artesanas. *A veces cuerdo*, de la editorial asturiana Eikasía es una de ellas. Medrano nos cuenta en la contraportada que el libro fue “ejecutado como suicidio la noche del viernes/25 de mayo al sábado/26 de mayo” mientras “por episodios [...] una mujer se metía un ratoncito vivo por el coño todo el rato”. Pues eso.

El libro lo componen 101 poemas ultracortos con connotaciones sexuales que luego no suelen serlo tanto. Así el poema *Superdotado* dice: “Yo fui un niño superdotado: / al nacer ya tenía melena”. En otros se potencia la belleza: “Al juntarse los labios / que antes no se buscaron / dieron lugar al mármol”. O incluso otros son completamente surrealistas: “No puedo quitarme la sotana / frente a tus tetas al aire. / Pueden ennegrecerse. O devorarme”.

En el fondo los temas que Medrano trata en sus obras se repiten en esta. El sexo y la belleza. La provocación. La literatura y la locura, sobre todo la locura, (“Estás muy loco. No pueden venderse / mocos entre las páginas de tus libros / casi por el mismo precio”.), que planea por los pequeños textos como un buitre sobre los cadáveres.

Mientras llegan los miles de libro que a Medrano le quedan por publicar habrá que disfrutar estos pequeños versos del autor-personaje. A veces cuerdo, a veces loco. Pero siempre brillante y provocador. Ambas cosas de agradecer. **Iñaki Echarte Vidarte.**

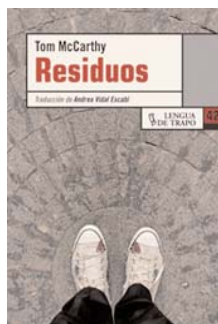


Dag Solstad:
Pudor y dignidad.
 Madrid, Lengua de trapo, 2007, 140 páginas.

Ya esta aquí, frente a nosotros tenemos al profesor Elias Rukla –“en el fondo un profesor de instituto cincuentón, algo alcoholizado, con una mujer que había ensanchado un poco demasiado”- y, frente a él, a sus alumnos que bostezan mientras el profesor –nuestro profesor de literatura Noruega- explica *El Pato Salvaje*, el drama de Ibsen, a sus alumnos; y quizás esté diciéndoles que la obra trata de la pérdida de la mentira vital, a la manera de Reilling, uno de los personajes secundarios del drama: “si quita usted la mentira vital a un hombre corriente le quita al mismo tiempo la felicidad”, frase que el doctor Reilling (¿el portavoz de Ibsen?) dirige en la obra a otro de los personaje, sin importar a cuál pues en esta obra todos viven de mentiras. Nuestro profesor quizás se pregunte por qué Ibsen necesitaba a Reilling en el drama. ¡A Reilling, precisamente!, un personaje secundario que solamente se deja ver cuando descubrimos que es el frustrado pretendiente de otro personaje. Y quizás sea en este instante en el que nuestro profesor -como Reilling, con un ligero temblor o estremecimiento cuando entra en el drama- tenga la sensación de haber descubierto algo antes nunca visto y se esfuerce en hacérselo notar a sus alumnos –que están frente a él y que bostezan-; y entonces nuestro profesor diga sobre Reilling: “¡Ahora está ahí. Atrapado por su amargo destino como el eterno y frustrado pretendiente de la señora Sorvy! ¡Aquí lo tenemos metido de lleno en el drama por primera y última vez!”

Probablemente, nuestro profesor –cincuentón, personaje secundario en su propia vida- esté, mientras habla a sus alumnos como Reilling, metido de lleno en su propio drama: la fugacidad del tiempo, la caída de unos padres ideales, el desmoronamiento de la belleza, de una mujer que ahora es la suya pero que antes lo fue de su mejor e idealizado amigo. Y es por eso –porque nuestro profesor nunca pensó en ese drama de Ibsen como ahora- por lo que, al salir al recreo y ver que su paraguas no se abre, romperá dicho objeto –un objeto que cubre, que tapa como la mentira tapa y los alumnos bostezan-, romperá, digo, el paraguas a porrazo limpio contra el suelo del patio, saltará sobre él y, como un *Pato salvaje*, ante la mirada ahora alucinada de los alumnos, gritará: “¡Zorra! Cómete el bocado gorda sebosa!”, y estará ahí nuestro profesor, en su momento de temblor, como Reilling cuando muestra su eterna figura de amante rechazado; y echará a andar por Oslo y, conforme avance, con la mano ensangrentada por el paraguas roto, recordará toda su vida, que cobrará un nuevo sentido porque Dag Solstad, el autor de esta novela, otorgará a Elias -como Ibsen a Reilling- el don de la última palabra en una última frase final que quizá esté también ahí para ofrecerle a nuestro profesor “un momento de temblor frente a un destino congelado”: “Es terrible pero no hay camino de vuelta”. Y será cierto. No lo habrá porque los años han pasado y nada era como cabía esperar, o nada fue como se dijo.

Con una prosa obsesiva y circular y un ritmo travieso, Dag Solstad nos ofrece la historia de un desmoronamiento, el desmoronamiento de un hombre, de la sociedad en la que vive y de los valores que la integran. Una historia que, ácida y mordaz, se cuenta en un instante, ese instante de temblor por el que pasa toda una existencia y que puede o no ser una relectura del *Pato Salvaje* (Dag Solstad utiliza la clase primera de la novela como si fuera la leyenda de un mapa, un mapa que será después la vida del profesor Elias Rukla), pero en la que más vale que nosotros no bostecemos como sus alumnos, pues podríamos perdernos las claves para entender el que probablemente será nuestro propio desmoronamiento cuando el tiempo se cobre, de un solo plumazo y a quemarropa, todas sus víctimas. **Guillermo Aguirre.**



*Tom McCarthy:
Residuos.*

*Traducción de Andrés Vidal Escabí.
Madrid, Lengua de Trapo, 2007, 320 páginas.*

Cuando uno está viendo una película que le incomoda por cualquier cuestión —pero sigue viéndola, dejamos de lado el por qué— y ha tenido que desviar varias veces la vista de la pantalla para buscar refugio en el jarrón que está en la estantería tras el televisor o, en caso de encontrarse en el cine, en las luces verdes que indican la salida de emergencia, suele recurrir como último recurso, agotados ya el jarrón o las luces, al tópico de “no es más que una película” o “es ficción al fin y al cabo”, con lo que parece recuperar una cierta tranquilidad. El problema, por supuesto, viene cuando hacemos esas reflexiones y no funcionan, cuando descubrimos que la realidad ha sido superada ampliamente por la ficción y tenemos la sensación de que los personajes en la pantalla son más reales que nosotros mismos.

Algo parecido le sucede al narrador y protagonista de “Residuos”, primera novela de Tom McCarthy, (Londres, 1969). Desde que un objeto cayera del cielo y le golpeará en una calle de Londres, dejándole en coma durante unos meses, y después de una dura rehabilitación, un largo proceso que conllevó un re-aprendizaje cerebral —aprender de nuevo a hablar, moverse...—, siente que es “de segunda mano”, que todo en él es falso, artificioso, de alguna forma no real. Del accidente en sí no sabe casi nada, pero tampoco puede indagar demasiado puesto que de lo contrario perdería la cuantiosa suma de dinero que le han dado por olvidar lo ocurrido.

Así, multimillonario pero vacío, su vida carente de sentido, moviéndose y viviendo como un autómata, encuentra un día en la pared de un cuarto de baño una grieta que le recuerda a un momento anterior al accidente en el que se sintió “de verdad” y donde sus movimientos no eran forzados ni artificiales. A partir de aquí, toda su atención y esfuerzo se centrará en crear una minuciosa réplica de la casa —grieta incluida— y del bloque entero de viviendas, e incluso contratará actores para que cumplan con el papel de los vecinos. Solamente en el edificio, obligando a los actores a repetir una y otra vez escenas vividas con anterioridad o inventadas según sus gustos, se siente auténtico y natural. Pero pronto el edificio no le basta y las re-creaciones se amplían a un taller de neumáticos o a un banco. A medida que éstas se suceden, la realidad se va diluyendo como una pastilla efervescente en un vaso de agua. La ficción es ya lo único que cuenta.

Uno de los aspectos más interesantes de “Residuos” es la capacidad analítica del narrador, su facilidad para explicar detenidamente la falta de empatía que siente hacia lo que le rodea y que no está inmerso en sus re-creaciones o hacia las personas que se encuentran junto a él y a las que sólo valora en tanto forman parte de sus actividades. Es, de esta manera, una suerte de Meursault —“El extranjero”— con conocimiento de causa, de Josef Bloch —“El miedo del portero ante el penalti”— reflexivo y al tiempo extrovertido, un personaje complejo con una clara disfunción afectiva y con un evidente problema de despersonalización del que es plenamente consciente y del que nos da cuenta con una lucidez poco común.

El cuidado del detalle, de la imagen adecuada y de la concreción lingüística es algo que está muy presente durante toda la novela y que el autor trabaja con acierto. No cae en malabarismos lingüísticos, en descripciones excesivas o en detalles irrelevantes que ralentizarían la acción y alejarían al lector de lo principal, es decir, del proceso autodestructivo en el que se halla inmerso el personaje. “Residuos” es así una novela de lectura fluida en la que el ritmo se mantiene sin altibajos y donde se nos plantea un particular universo ficcional que, por sorprendente que pueda parecer, funciona dentro de los límites que él mismo se ha impuesto. **César González Álvaro.**

*no estoy contento de mí mismo
he incumplido la tarea de ser yo
he faltado a las normas del colegio
y no besaré ya más el culo de un gato
andaré ahora entre monos
como en el Laoconte de los monos
belleza perfecta hecha para ser sólo
el novio único de la nada*

leopoldo maría panero

alex_lootz

nº 09/octubre2007

revista trimestral

depósito legal
M-27897-2006

edita
alex_lootz ediciones

coordinación
iñaki echarte vidarte

consejo editorial
carolina meloni,
vicente Muñoz Álvarez,
norberto luis romero.

diseño y maquetación
iñaki echarte vidarte

fotografías
harold alvarado tenorio,
francisco brines,
iñaki echarte vidarte,
hasier larretxea.

ilustración portada
hernesto conhache.

han colaborado en este número

harold alvarado tenorio,
paloma benavente,
francisco brines,
iñaki echarte vidarte,
javier esteban gayo,
jaime gil de biedma,
césar gonzález álvaro,
hasier larretxea,
carolina meloni,
rubén saéz carrasco.

alex_lootz

[1] no se responsabiliza ni se identifica, necesariamente, con las opiniones que sus colaboradores expresen a través de los trabajos y artículos publicados.

[2] no asegura que los nombres de personas y lugares citados en la revista correspondan, necesariamente, con la realidad.

[3] permite la reproducción de los textos y fotografías, siempre que se cite al autor y el origen de la fuente.

colaboraciones y sugerencias
alexlootz@alexlootz.com